

"Hecho, firmado y sellado con nuestro sello en Squidam á los 21 de Julio, del año del Señor 1420."
— Siguen las firmas.

Dejemos pasar tranquilamente los malos juicios de los hombres; que un dia ú otro se levantará la verdad como el sol del Señor!

CAPITULO VII.

NUEVAS PRUEBAS.

Sensible muerte de la madre de Liduvina.—La virgen aumenta su fervor.—El cilicio, un lecho de paja, un invierno terrible.—Al anciano Pedro hiélasele un pie.—El conde de Holanda le señala una pensión de doce escudos.—El lecho de paja se quema.

EN medio de tantos sufrimientos de todas clases, á lo menos Liduvina contaba con su madre; Petronila estaba cerca de ella á su cabecera, prodigándole los cuidados mas afectuosos, de dia y de noche. Y es cosa bien sabida que no hay otra mano tan lijera y tan suave para curar las llagas y para embalsamar los dolores, como la mano de una madre!

Mas Petronila habia llegado ya á una edad avanzada, y sus fuerzas disminuian de dia en dia. Llegó la hora en que ya no pudo sobreponerse, y fué necesario ceder y caer postrada en el lecho, cerca de Liduvina. El momento supremo habia llegado para la buena mujer!

Ya hemos dicho en otra parte, que Petronila era una digna y piadosa matrona, cuya vida entera habia sido una vida de fé seria y activa, y por consiguiente de honor cristiano y de santa resignación. Mas al frente de la muerte y al dintel de la eternidad, cuando el alma comienza á entrever al soberano Juez, ¿quién se siente bastante fuerte, bastante puro para resistir sus miradas sin sentir el no haber vivido mejor? Petronila estaba llena de temores, pues la humilde mujer se reprochaba las vanidades de su juventud y algunas otras faltas; acusábase sobre todo de haber perdido ó empleado mal el tiempo tan precioso; y un dia que estos recuerdos affigian mas vivamente su alma, no pudo dejar de ponerse á llorar. "Oh! decía sollozando: yo voy á morir, y Dios me es testigo de que no tengo ningún apego á esta vida; pero el morir con tantas faltas y sin ningún mérito que presentar á mi Juez, esto es en verdad lo que me espanta." Después, haciendo un esfuerzo para levantarse en su lecho, y volviéndose hácia su hija: "oh mi amada Liduvina, le decía la pobre mujer con voz desgarradora, oh hija mia, oh tú á quien he dado la vida y alimentado con tanto amor en mi regazo, ¿no intercederás tú por mí? oh sí! prométeme que intercederás en mi favor, y entonces moriré llena de alegría!"

Liduvina lloraba al oír hablar así á su madre, su corazón estaba lleno de compasión, y los sollozos le impedían responder; mas no obstante, logrando dominarse, exclamó: "sí, madre mia, sí, yo os lo juro, que haré con gusto todo lo que me pidieréis; mas os suplico que no os alarmeis tanto: acordaos que Jesucristo es ménos nuestro juez que nuestro dulce y misericordioso Salvador, á quien la confianza honra y ante el cual una lágrima de arrepentimiento todo lo borra!"

Por lo demás, oh mi tierna madre! para suplir al bien que creis no haber hecho, si quereis las pobres obras que ayudada de la gracia he hecho yo: mis sufrimientos, mis ayunos, mis insomnios, mis oraciones y todos mis méritos por pequeños que sean, con toda mi alma y en cuanto puedo, os lo cedo, con la condición de que os arrojareis con gran confianza en los brazos del Señor que puede y quiere salvaros: "A estas palabras la dichosa madre levantó las manos al cielo, vióse la orar con gran fervor dando gracias á Dios de la rica herencia en cuya posesión entraba, y diciéndole como el anciano Simeón: "Ahora, Señor, podeis llamarme á vos, porque ya puedo morir en paz." Y sonriendo de esperanza entregó su alma á Dios. Petronila murió al lado y bajo las miradas de su hija, de aquella pobre mártir condenada á todo género de suplicios, y que no pudo ni aun depositar en los labios de su madre el último beso!

Esta muerte vino á formar época en la vida espiritual de Liduvina, la cual, como si hubiese perdido todos sus méritos por la aplicación que de ellos había hecho á su madre, se puso á comenzar de nuevo. Hasta allí, según le parecía, no había sido ni muy pobre ni bastante crucificada; y en consecuencia, hizo vender una ó dos alhajas y algunos muebles que su madre le había dejado, haciendo con su precio dos partes: con la una compró un cinto grueso de erines, esto es un horroroso cilicio que se ciñó en los riñones, cuyas carnes podridas caían á pedazos, y aunque de la otra, hubieran querido que dejase una pequeña reserva para sus propias necesidades, no fué esta su voluntad, sino que la dió toda á los pobres! Le quedaba por toda comodidad el lecho en que estaba recostada, y aun le pareció, según se explicaba, un lecho sumamente

delicado. "¡Qué, decía, yo estar en un lecho de plumas, mientras Nuestro Señor en Belen dormía en un poco de heno y su augusta Madre en la tierra desnuda? esto es intolerable! Por favor, pues, quitadme de este lecho, yo no quiero de hoy en adelante descansar mas que en sola paja." Fué preciso obedecerla, mas ese cambio no pudo hacerse sin una cruel operación, pues como los lienzos medio podridos se habían pegado á las llagas, fué preciso para desprenderlos arrancar las carnes vivas, y á este precio pudo mudarse al duro y grosero lecho de paja en el que debía pasar el resto de su vida, sin bajar jamás de él un sólo instante, condenada á una perpetua inmovilidad y á un insomnio sin tregua!

Llegó entre tanto el invierno, y parece que Dios se complacía en dar gusto á Liduvina á la que tanto amaba, con nuevos sufrimientos: porque el invierno en este año fué excesivamente largo y riguroso, y nadie se acordaba haber visto otro semejante. He allí pues, á nuestra virgen, atravesando esa terrible estación en un aposento bajo y húmedo, casi semejante al establo de Belen, acostada como el Niño Jesús en un poco de paja, con una pobreza casi próxima á la desnudez, con un frío fenomenal, y privada de fuego, cuando la hidropesía y tantas llagas causaban en todos sus miembros una sensibilidad inaudita! Sin duda en otros tiempos no la hubieran dejado permanecer en estado tan horroroso; pero Dios tenía en ello sus designios. Los visitantes en esa época eran raros, y la caridad se había resfriado singularmente; Dios quería que la santa se viese abandonada y desprovista de todo recurso, y así el frío ejercía en ella todos sus rigores, y las lágrimas se congelaban en sus ojos á tal grado, que era necesario acercar fuego para despegar sus párp-

dos, y mas de una vez la encontraron helada y rígida como si fuese un tronco; estado horroroso, peor que la muerte, estado imposible, si el Salvador que quería tener una esposa glorificada por todos los dolores, no la hubiese milagrosamente conservado en él! Mas en este mismo invierno debía su Majestad someterla á una prueba muy cruel. Su padre ejercía el oficio de guarda nocturno en Squidam, y gracias á este empleo, por anciano que fuese, no carecía de lo necesario: pero una noche de este invierno terrible el frío fué tan extraordinario, que á la mañana siguiente algunas personas conducían al anciano á su casa. . . . con un pie enteramente helado!

Liduvina se afligió tanto por los sufrimientos de su padre, como por la pérdida de su empleo y la indigencia absoluta que le amenazaba. Por fortuna en esos mismos dias el Conde Guillermo de Holanda tuvo que venir á Squidam, y sabiendo la desgracia y la angustia de Pedro, quiso verle: «Buen anciano, le dijo, ya sé vuestro infortunio, y haceis mal en no decírmelo. . . por lo menos en consideración á vuestra santa hija, me permitireis haceros algún bien. Decidme ¿qué cantidad necesitaríais para una pensión que os ponga al abrigo de la indigencia?—Oh generoso Príncipe, respondió el anciano, yo siempre he sido pobre, y no deseo saber lo que es la abundancia. . . . creo que con doce escudos me sería bastante. Pues bien! dijo el Conde, lleno de admiración al ver la noble simplicidad de ese desinterés; que sea: doce escudos os serán entregados en este instante, y cada año se os dará regularmente igual cantidad; mas me parece esto muy poco para vivir, y como no quiero que esteis en la miseria, si es necesario, doblaré esa suma, para lo cual sólo tendreis que decir una palabra.

Asegurado de su porvenir, Pedro se hizo mas fervoroso: la oración, en la cual nunca olvidaba á su bienhechor! y los ejercicios piadosos formaban toda su ocupación y su alegría.

A pesar de estar tan débil, y además, casi ciego, se le veía cada mañana ir vacilante y apoyado en su bastón, á oír la Misa á la iglesia parroquial, y casi siempre el venerable anciano hallaba algo que dar á los pobres de las economías que su caridad sabía hacer de su modesta pensión!

En esta misma época tuvo lugar un acontecimiento que pudo poner fin á la vida de Liduvina de un modo espantoso. Una tarde, uno de sus hermanos, que estaba solo en la casa, encendió una vela para vacar á sus ocupaciones; mas después teniendo que salir, puso la vela á distancia en un mueble, detrás de la cabeza de su hermana, para que la luz no la incomodase. ¿Qué accidente había tenido lugar después de su partida? Dios sólo lo sabe; lo cierto es que la vela cayó contra el lecho de paja y prendió luego el fuego; Liduvina ocupada en meditar no percibió nada de lo que pasaba, muy pronto el fuego siguió avanzando; la llama chisporrotea, . . . y repentinamente se encuentra en medio de un incendio. . . . Qué podía hacer entonces? en vano llama. . . . su voz se pierde en la horrorosa soledad! La santa no puede huir, pues se halla inmóvil como un cadáver! no tiene mas que un miembro un poco libre, que es el brazo izquierdo. . . . más qué podrá hacer con sólo él? Sin embargo extiende la mano; toma con ella, y aprieta la paja encendida. . . . Dios estaba con ella y apaga todo el fuego! . . . Poco después volvieron sus parientes; y cuál fué su espanto al encontrar la mitad del lecho reducido á cenizas! Ellos, y los vecinos, y los amigos, todos reco-

nocieron la obra de Dios, pues el brazo de la virgen no tenía ni una ligera quemadura!

El alma cristiana es como el oro, que cuanto más lo prueba el fuego de las tribulaciones, tanto más resplandece su brillo.

CAPITULO VIII.

LOS ÁNGELES.

Liduvina es consolada.—Su ángel custodio.—La virgen lo mira.—Tiernas conversaciones.—Otros ángeles acuden.—Un feliz miércoles de Ceniza.—El gozoso festín, el espantoso incendio y el milagroso bastón.—Oh! yo también querría ver á vuestro ángel!

Así se iban pasando los años sin traer otro cambio en la triste situación de Liduvina que un lamentable aumento de males. Mas es justo, y ya es tiempo de decirlo: el Señor que hacía llover el maná á los pasos de su pueblo en el desierto, el Dios siempre fiel, la sostenía en el rudo camino por donde la había conducido, comunicándole con amorosa liberalidad el pan de las celestiales consolaciones.

En efecto, el alma de Liduvina sobreabundaba habitualmente en inefables alegrías. "Es cierto (decía algunas veces cuando la preguntaban) sí; yo lo confieso, de la mesa de mi Señor caen migajas que yo no merezco, delicias que embriagan de dicha á la pobre Cananea, y sin las cuales no podría dejar de morir! Ah! en viendo mis llagas me juzgais muy desgraciada! mas

es porque sólo veis la cruz que llevo; que si percibiérais la mano divina que me aligera la carga, si pudiéseis ver la unción interior que me consuela, ciertamente que me tendríais envidia. . . . nó, nó; yo no cambiaría mis dolores y mis llagas por todos vuestros placeres y alegrías!" Y era muy cierto cuanto decía la dichosa crucificada; por eso su tristeza era grande cuando le faltaban esas consolaciones. Entonces veíase deshacerse en lágrimas: "Dios mio! exclamaba, doblad mis padecimientos tanto cuanto os agradare, multiplicad mis tormentos, pero no os alejeis vos! no me ocultéis vuestro rostro adorable!" Y de hecho, para acrecentar sus méritos con su amor, el Señor de tiempo en tiempo parecía abandonarla; Jesucristo no hablaba mas á su corazón; y á las divinas caricias, sucedían las frialdades de la mas horrible ausencia. El buen Maestro hacía como la madre que se oculta un instante para conocer el amor que le tiene su tierno niño.

Aun cuando la santa era probada de esta suerte, no le quitaba Dios todos los consuelos, pues encontraba en su piedad mil recursos, con los cuales, le venían aun dulces goces del cielo. Contaba sobre todo con un admirable recurso del que no podemos dejar de hablar, y al que acudía siempre sin que jamás le faltase: este era su devoción al Angel custodio, á quien honraba con tal fervor, que Dios se complacía en recompensarlo por las mas admirables comunicaciones. Cuando llegaban, pues, sus amorosas tristezas, se dirigía á su buen ángel, llamándole con la sencillez de una niña, y oh tierna maravilla! el ángel acudía luego y se le mostraba visiblemente; entonces la santa le daba los nombres mas dulces, le hablaba como se le habla á un amigo en cuyo corazón se descansa; le contaba sus tristezas, sus esperanzas, sus deseos y su amor para

con Jesús mas y mas ardiente cada día, y le hablaba de esta manera: "Habladme, ángel mio, habladme, pues, oh hermano mio! dadme nuevas de mi Bien Amado! Qué hace él en esta hora? ¿os habla de mí, y y creéis vos que me ama todavía? no os ha dicho si me llamará muy pronto á su real morada? Oh! si fuese á prolongar largo tiempo todavía mi doloroso destierro, qué sería de mí? Vos veis que él me ha herido con un dardo de su dulce amor, y que el fuego de su divina caridad me consume á tal grado que me siento morir! ¿Por qué no tiene su Majestad compasión de mí? ¿Por ventura le abandonaría yo así si me fuera fácil atraerle á mi alma como á él le es fácil atraerme á su corazón? ¿Acaso habrá para mí descanso y alegría ni un sólo instante, hasta que mi alma devorada de la sed de poseerle sea saciada sin medida, ó mas bien se vea enteramente sumergida en la inmensidad de su amor?"

"Oh ángel, hermano mio! oh mi guía fiel! vos que podeis á toda hora ver á mi adorable Esposo y hablarle, partid pues! Vos á quien la carne no aprisiona! libre y dichoso atravesad como un dardo la inmensidad del espacio! Sí; id pronto! con el vuelo mas rápido de vuestras alas volved á mi Jesús y saludadle por mí! decidle mis penas y mis deseos: decidle que el corazón de su esposa es un jardín para siempre cerrado á otro amor que no sea el suyo. Y muy pronto, oh mi buen ángel! traedme su respuesta; necesito que me conteste aunque sea una sola palabra! Y pues que vais á ver la hermosa mansión en la que reinan los escogidos, saludad por mí á María, la inmaculada Madre del Amado de mi alma, á los ángeles vuestros hermanos, á los patriarcas, apóstoles y mártires, y sobre todo á las vírgenes mis hermanas, rogádoles á todos

que intercedan por mí para que vaya muy pronto á gozar de su misma felicidad!"

Así se exhalaba la santa tristeza de la virgen, que después se recogía en el silencio de su alma, segura de que su mensaje sería recibido, esperaba el retorno de su ángel, atenta para oír la respuesta que iba á traerle, y su esperanza no quedaba frustrada, pues pronto el celestial mensajero volvía á darle cuenta de su comisión; y le decía:

"Regocijate, bienaventurada esposa del Señor tu Maestro! Su Majestad ha recibido tus saluciones, tu amor ha conmovido su corazón, y quiere que te asegure de su divina ternura. Mas oh amada hermanita, tus desfallecimientos lo contristan. Nó, nó; me ha dicho: yo no quiero que mi muy amada esté desolada, pues ya me volverá á ver; volveré á consolarla, y su corazón descansará aun sobre el mio. Que tenga, pues, valor! los dias de la prueba terminarán; y cuanto mas amor habrá mostrado, mas gloria conquistará, porque habrá pasado por donde yo he pasado, puesto que he sido yo también abandonado y he padecido horribles tormentos." Por lo demás, oh hermana mia, yo sé que tu destierro no será muy largo, pues el Esposo vá á venir muy pronto á tomarte en sus brazos y á llevarte á su real morada para colocarte en su trono! Oh la mas dichosa de las esposas, tén una poca de paciencia, y he aquí que vendrá el que tú amas! ya se está preparando: ya la augusta Reina y su cándida comitiva de vírgenes puras, los ángeles y los patriarcas, los profetas y los apóstoles, los pontífices y los mártires, toda la asamblea de los cielos se levanta y avanza! Los perfumes se quemán, los senderos del jardín eterno se embalsaman con su aroma; y he aquí el palacio de los gozos sin fin, que se entrea-bre para recibirte.... es.

tu Esposo el que llega. . . . Oh! ven! te dirá el Rey de los reyes; ven. oh esposa mia, oh hija del Líbano, oh mi bien amada! ven para coronarte!" Y los ángeles entonces entonarán sus mas hermosos cánticos, y los santos estarán llenos de alegría, y todos los reyes del cielo, todos los hijos de Dios tendrán á honor el servirte, y te dirán: "Ahora sí, hermana nuestra, come y bebe en este festín de tus bodas divinas! embriágate con el torrente de las eternas delicias! oh amadísima esposa del Señor nuestro Dios!"

Tales eran las conversaciones que tenía Liduvina con su ángel, de las cuales salía siempre mas fuerte, mas resuelta á sufrir con paciencia, mas abrasada de amor y mas dispuesta á sufrir nuevos tormentos! Señor, decía entonces la virgen, mi corazón está preparado! Golpead, herid como os agrada, que en medio de los tormentos yo cantaré un himno á gloria vuestra, pues que yo veo cerca el dia de mi salud!"

Y no solamente Liduvina conversaba así con su buen ángel, mas por una gracia especial de la bondad de Dios, le veía y le oía exteriormente como se ve y se oye á una criatura humana, y aun algunas veces recibía de él los servicios de que tenía necesidad. Otros ángeles también venían á visitarla, y cosa maravillosa! á todos los conocía, daba á cada uno de ellos el nombre que le pertenecía, y sabía hasta el nombre de las almas cuya guarda les estaba confiada. Esos ángeles se le aparecían bajo la forma de jóvenes de deslumbrante hermosura, portando en la frente una cruz luminosa, cuyo sólo reflejo arrojaba tal claridad, que daba á su figura un esplendor que eclipsaba la magnificencia misma del astro de los cielos. Esta cruz, decía Liduvina, era la que los distinguía de los demonios, porque los espíritus de tinieblas, aun cuando se

transformen en ángeles de luz, no se atreven, ó más bien no pueden jamás llevar consigo el signo adorable de nuestra salvación."

Esas deliciosas conversaciones y la dulce visión de los ángeles le eran habituales, aunque se veía privada de ellas algunas veces, por ejemplo, cuando había tenido visitas muy numerosas ó prolongadas; ¡tan difícil es aun al alma más pura no tomar un poco de polvo mundano al contacto del mundo! Liduvina á los principios no se daba cuenta de las imperfecciones que podían escapársele entonces; mas sus ángeles fieles no habían tardado en instruirla y en hacerle conocer su miseria. Por ligeras que fuesen esas imperfecciones bastaban para poner un velo entre ella y los espíritus puros, á quienes no oía más, ni podía ver! Entonces, según el consejo que le habían dado, pronto purificaba su alma de las menores manchas con una humilde confesión, é inmediatamente venía una multitud de ángeles que continuaban esas dulces conversaciones!

Nada hay tan tierno, como el ministerio de bondad y de solicitud que esos bienaventurados espíritus llenaban hasta en los más pequeños detalles para con su hermana predilecta. Por ejemplo, todos los años en el dia de Ceniza, Liduvina gustaba recibir en su frente aquel polvo que para nuestra enseñanza nos recuerda la muerte! Mas algunas veces el sacerdote á quien llamaba, tardaba en venir, y entonces el buen ángel le daba este piadoso consuelo. Una vez, en tal dia, vino su confesor sin ser llamado, á preguntarle si quería la ceniza.—Padre mio, contestó Liduvina, ya la he recibido.—Pues quién os la ha traído?—Mi buen ángel, Padre mio, gracias á la divina bondad.—Cómo! vuestro buen ángel os ha puesto la ceniza?—Padre mio,

tocad mi frente y ved si os digo verdad». En efecto, el sacerdote le encontró la ceniza, y sorprendido aunque no satisfecho, en el acto hizo en toda la casa una severa información, mas después volvió pidiendo como una gracia y obteniendo como un favor un poco de esas cenizas veneradas, que piadosamente puso en su frente.

He aquí otra maravilla, y un testimonio de esta solicitud del buen ángel de Liduvina. El año de 1428 los pescadores de Squidam debiendo echarse en el mar para la pesca del arenque, habían hecho según su costumbre un gran festín la vispera de su embarque. La fiesta había sido completa y los adioses se habían celebrado alegremente. Mas en la noche olvidáronse de apagar, ó más bien cubrieron mal el fuego cuyas chispas se escaparon. . . . A las once de la noche el fuego estalló, y muy pronto se levantó un incendio horroroso! La mañana siguiente, casi toda la ciudad estaba incendiada; la iglesia, el convento y calles enteras no eran más que un montón de cenizas ó de ruinas, y el incendio como un torrente avanzaba sin cesar! el espanto había llegado á su colmo. Sacaban de las casas á los niños, ancianos y enfermos, y corrieron á la casa de Liduvina, la cual según veremos en otra parte, había predicho este incendio como un castigo de Dios, y sabía que las llamas no llegarían hasta su casa, por lo cual no quiso salir de ella. Entonces, contra su voluntad, quitaron el cielo y la madera. . . . menos su lecho, y algunas tablas que forzosamente dejaron sobre su cabeza como defensa contra los rayos del sol que con sus ardores la hacían verter sangre de los ojos. Después quitando todo lo que podía servir de alimento al fuego, cerraron herméticamente sus cortinas, y se fueron corriendo al foco del

incendio, quedando la pobre enferma abandonada y absolutamente sola.

Día fué éste para Liduvina, horroroso, pues era el mes de Julio; al calor tan horrible se juntaba una fiebre de las más violentas. Llegó la noche, y nadie pareció, pues hermanos, parientes y amigos, todos trabajaban siempre en el teatro de la espantosa catástrofe. Entre tanto, la desgraciada enferma se hallaba sola; su lecho cerrado con mucho cuidado, parecía un horno en el cual se sofocaba. Para darse un poco de aire ménos caliente, quiso abrir las cortinas con su mano izquierda, única que podía mover, y buscando el ligero bastón ó caña que tenía siempre cerca y sin el cual le era imposible abrir las cortinas, nada encontró y en vano le buscaba, pues había desaparecido. «Ah, dijo, sin duda esos hombres que han venido y todo lo han trastornado en mi aposento, lo han llevado lejos.» Y lloró de aflicción en la impotencia en que estaba de hacer el menor movimiento que le permitiése tocar las cortinas; le era preciso permanecer toda la noche inmóvil, abandonada en aquel lecho cerrado como un sepulcro!

En medio de ésta angustia se le mostró su ángel que le dijo: «Hermana mía, consolaos,» y desapareció; más en el mismo instante la virgen sintió sobre sí un objeto puesto transversalmente, y admirada lleva á él la mano; más oh sorpresa! era un bastón lo que había tocado! Es cierto que ese madero pesado é informe era muy diferente de la ligera caña que tan fácilmente manejaba! Mas en fin que importaba? con más dificultad puede servirse de él; abre con él sus cortinas, y pasa ménos mal ésta triste noche dando gracias á su buen ángel que sin duda había tenido especiales designios al traerle un bastón tan pesado.

El día siguiente vino á verla su confesor y Liduvina le rogó que le hiciese adelgazar ese madero, sin decirle de donde venía, de modo que quedase manejable y ligero, á lo cual el oficioso confesor se comprometió voluntariamente. Mas un hecho extraño pasó, y el confesor, los obreros y los asistentes, todos observaron dos cosas inexplicables; la 1ª, que ese bastón era de una madera absolutamente desconocida en el país; la 2ª, que á medida que lo adelgazaban se exhalaba de él un olor delicioso. . . . al grado que entre el sacerdote y los diversos obreros que fueron llamados, se excitó una piadosa disputa con motivo á las reliquias perfumadas de ese madero misterioso queriendo cada uno de ellos apropiarse la mayor parte. (*)

Y cosa aun más admirable! ese nuevo bastón hecho

(*) En la vida de Sor Ana Catarina Emmerich, escrita en alemán por el P. Schmaeger, redentorista, y traducida al francés por el canónigo Cazalés, hay un trozo que explica más el origen de ese bastón maravilloso que recibió Liduvina, y nos ha parecido conveniente trasladarlo aquí. Se expresa, pues, de esta suerte:

«Guardaba consigo Liduvina, una caña seca de cáñamo, ligera y fuerte á la vez, para manejarla con la mano izquierda, y poder descorder las cortinas de su lecho, dando entrada al aire fresco que refrigerara el ardor de la fiebre que la consumía. Esa caña se perdió con ocasión de un incendio que hubo en Squidam; y de aquí es que en la noche del 22 al 23 de Julio del año de 1428, no podía de ningún modo procurarse el alivio del aire, ni había persona alguna que descorriese las cortinas. Entonces su ángel le prometió su asistencia, y bien pronto sintió que le pusieron suavemente, al través de sus coberturas, un bastón de madera del largo de una vara. Al probar de cogerlo, no tuvo en la mano fuerza bastante para levantarlo, lo que le hizo decir: «heme aduí bien provista de bastón.» Al otro día por la

ligero y entregado á Liduvina para su uso, hallóse dotado de una virtud digna de su origen, pues bastaba aproximarle á los energúmenos para hacer huir al ángel del mal que los poseía. De modo que todos querían ver y oler ese madero maravilloso. . . . Mas sucedió que un día, habiéndolo tomado un libertino con sus manos impuras, en el acto perdió su virtud y su misterioso perfume!

Concluyamos con el último rasgo. Todas esas maravillas habían encendido en el corazón de una piadosa viuda, un ardiente deseo: «Oh! decía á nuestra santa, yo quisiera ver á vuestro ángel, á ese ángel tan bueno que vos veis con vuestros ojos; sí, Liduvina, pedid á Dios que me permita también á mí el contemplarle!» y con tanta instancia solicitó y suplicó, que

mañana, rogó á su confesor que le mandáse adelgazar aquel madero; mas apenas se pudo con fierros afilados arrancarle algunos fragmentos que derramaban un olor delicioso; de suerte que ya no quiso el confesor que siguieran raspando aquel maravilloso madero. Devolviólo en seguida á Liduvina, que sólo supo decir haberlo recibido de su ángel. El día 8 de Agosto, fiesta de San Ciriaco, la piadosa virgen fué arrebatada otra vez por el ángel al paraíso terrenal; llevóla cerca de un cedro que se elevaba á la entrada del jardín, y le enseñó el brazo de que había cortado para ella aquella rama, reprochándole el que no hubiése apreciado bastante tan precioso obsequio que tenía la virtud de arrojar al demonio de los posesos. Largo tiempo hizo uso Liduvina de ese ramo ó vara que al fin perdió su aroma al contacto de una mano impura. En otra visita al paraíso hecha el 6 de Diciembre del mismo año, una palma cargada de dátiles la proveyó del alimento que debía fortalecerla, y aquellos magníficos frutos le parecían tener las semillas brillantes en el interior como consta, etc.»

la santa se conmovió. "Pues bien! sí, le respondió un día, sí, mi querida Catarina, ya lo he pedido á Dios y quiere escucharos. Cerrad la puerta, añadió, recogeos y preparad bien vuestra alma. . . . ve aquí que el ángel de Dios va á venir." Y entonces apareció el ángel; era un niño el más hermoso que hubiera visto jamás criatura humana: sus blancos vestidos eclipsaban la claridad de la nieve, y relucía en su frente como el brillo de un astro. . . . La pobre mujer, inmóvil, sin decir palabra, mas como embriagada, creíase ya en el cielo! Además, sin ver á ninguna persona veía una multitud de manos extendidas hacia la santa, como pidiendo una limosna. "Hermano mio, ángel, dijo en ese momento Liduvina, honrad á mi hermana con una de vuestras miradas, dejándole ver el celestial esplendor de vuestros ojos." Inmediatamente el ángel vió á la piadosa viuda, mas con una mirada tan inefable y tan dulce, con una mirada con la cual sintió tan ardiente impresión de dicha, que durante algún tiempo desdeñando todo alimento no podía hacer más que llorar. . . . y hubiera querido morir!

"Yo no conozco, decía muchas veces Liduvina, ninguna amargura ó angustia de corazón, que una sola mirada de mi ángel no disipe fácilmente, como los rayos del sol disipan el rocío de la mañana." Oh! cuál será pues nuestra dicha en la patria, en el seno de Aquel que sólo es la vida y la hermosura, si la vista del menor de sus siervos basta para embriagar aquí y cambiar en alegría nuestros dolores!

Entre los ángeles y los hombres hay un parentesco y un lazo que los une, y es la virginidad. Siempre y realmente, una alma pura viene á ser hermana de los ángeles.

CAPITULO IX.

PROGRESO ESPIRITUAL.

Pobreza de Liduvina.—Rico es el que se contenta con lo que tiene.—Oferta que hace un gran Señor á la virgen.—Su penitencia, su humildad y dulzura.—Hermosa explicación que dá de la acción de las tres Personas de la Santísima Trinidad en la Encarnación del divino Verbo.—Una mujer de mala vida la escupe.—Cómo soporta los defectos de los otros.—El Duque Juan de Baviera.—Obediencia.—Pureza.

Dios nada nos envía, dolores ó consuelos, sin que sean de su parte una gracia amorosa. Y no siendo toda gracia en sus misericordiosos designios mas que un socorro puesto á nuestra disposición para hacernos llegar á la santificación, y por ella á la salvación, es evidente que las cruces así como los beneficios, deben hacernos mejores, tendiendo á una vida más y más fecunda en obras de santidad.

Así lo comprendía Liduvina, y su corazón regado con las aguas de la tribulación y vivificado por algunos rayos de alegría que el cielo le enviaba, se embellecía de día en día semejante á un fértil jardín en el cual las más suaves virtudes se abrían como otras tantas flores hermosas y admirables. Contemplemos estas flores celestiales, estas espléndidas virtudes de Liduvina, para embalsamar nuestra alma con su benéfico perfume.

Ya conocemos su pobreza, la cual era en ella una virtud real y elevada, no como esa pobreza forzada,